

# ¿TIENEN LOS RICOS QUE HACERSE POBRES?



*José Manuel Medina S. I.*

de fe y amor con el aroma penetrante de *su* evangelio.

¿Pero éste evangelio franciscano es el Evangelio que Cristo propone a todos?

## **Bienaventurados los pobres**

No cabe duda que la figura del Maestro y el mensaje que entrega a los hombres rezuman una marcada simpatía hacia los carentes de bienes temporales.

La divina sinfonía del sermón de la Montaña—por ejemplo—la preludian los labios del Señor con un canto a los pobres:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt. 5<sup>3</sup>).

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc. 6<sup>20</sup>).

Los pobres ante Jesús se hacen acreedores a un premio exquisito: el Reino de Dios.

Aunque el sentido de la promesa es claro para todos los comentadores, no todos convenían en señalar exactamente quiénes son los agraciados.

Hubo una opinión —bastante generalizada— que traducía la palabra griega de los Evangelios *ptojoi* por la hebrea *'ani*, tan frecuente en los Salmos. Según ella los pobres de esta bienaventuranza serían los abatidos, despreciados, aquellos a quienes el mundo llama infelices, y los filántropos califican con un compasivo ¡pobre hombre!

**E**l «Poverello» era un hombre de raído sayal y pies desnudos. Un día le vieron sentado a la puerta de San Juan de Letrán, residencia entonces de los Pontífices medievales. Bajaba de Umbría con un ruego quijotesco en los labios: «Quisiera que Su Santidad me dejase vivir el Evangelio». Y Evangelio en su léxico trovador se traducía por abandono de todos los bienes—los de Pietro Bernardone, el rico comerciante de Asís—y abrazo perpetuo con una mendiga pobreza. Contra toda esperanza el Pontífice que subyugaba Emperadores—Inocencio III—bendijo la voluntad del peregrino. Francisco —«il Poverello»— entre cantos al Sol y caricias al hermano Lobo, paseaba las llagas de sus pies abiertos por los senderos de Italia y hacía reventar una nueva primavera

Sin embargo, ninguno de los mejores comentaristas contemporáneos sigue esta opinión. Todos están concordes en afirmar que Jesucristo tiene ante sus ojos a los sin fortuna, a los que padecen pobreza actual.

Y no sin razón. He aquí resumidos sus principales argumentos.

Los *ptoioi* en el Evangelio son los pobres a quienes viene a evangelizar el Mesías. (Mt. 11 5; Lc 4 18); la viuda, que deposita todo su capital—dos ochavos—en el cepillo del templo (Lc. 21 3); un ciego de nacimiento, que pide limosna (Jo 9 8); el mendigo Lázaro, cuyas llagas lamen los perros (Lc. 16 20-22); los necesitados, a los que siempre socorrerá la Iglesia (Jo 12 8).

Por otra parte en la maldición dirigida a los ricos, (Lc. 6 24-25) *plusioi*, abundantes en bienes de fortuna, no sería antitético de *ptoioi*, si éstos no fuesen en verdad carentes de fortuna.

Finalmente, si la primera bienaventuranza se refiriese a los *anti* de los Salmos, la *postrera* quedaría reducida a una tautología imposible de admitir, sobre todo en el contexto de San Lucas.

Son, pues, los en realidad pobres los herederos del Reino de Dios; pero los pobres cuya voluntad, potencia moralizadora del espíritu — «pobres en el espíritu» los llama San Mateo — ama o al menos se conforma resignadamente, alegremente, con su pobreza actual.

### Madre e Hijo: un corazón

María la Madre de Jesús llega a la casa de su prima Isabel. Siente dentro de sí un gozo inenarrable. Y rompe en un himno de acción de gracias a su Dios: el «Magnificat». Jesús lo escucha todo. Ella goza con las obras del Poderoso: «...«colmó de bienes a los hambrientos y dejó vacíos a los ricos» (Lc. 153). A María, la *llena* de gracia, le desagradan los ricos *vacíos* de bienes. Jesús sonríe. Su madre le acunará sobre el pesebre de una cueva betlemita. Él tampoco quiere ser un *rico vacío*.

En su Buena Nueva llamará al dinero el antagonista de Dios. «Nadie puede servir a dos señores; a Dios y al dinero» (Mt. 6 24;

Y lo estigmatizará con el calificativo de «*Mammona iniquitatis*», «perverso dinero» (Lc. 16 9).

En sus parábolas el rico será quien se condene, (Lc. 16 23), el que desprecia la invitación del Rey (Lc 14 18-20), el que neciamente atesora para sí, sin pensar que esa misma noche dará cuenta de su alma (Lc. 12 20).

La limosna de una pobre viuda valdrá para Él infinitamente más que los grandes donativos de los ricos, porque éstos ofrecen de lo que les sobra (Mc. 12 43).

### Los ricos y el Reino de Dios

Pero no es una aversión como instintiva, una disposición sentimental y primitiva de repugnancia, lo que aparta a Jesucristo del rico.

Hubo un joven con ojos castos que, de rodillas, le llamó «Maestro bueno». El Maestro bueno le miró y le amó. Y lo vio alejarse triste.

El comentario de Jesús a este episodio nos lo transmite así San Marcos: (10 23-ss).

Y echando en torno una mirada, dice Jesús a su discípulos:

¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que poseen riquezas!

Los discípulos se asombraban al oír estas palabras. Más Jesús volvió a hablar y les dijo:

—Hijos, ¡qué difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios!

Es más fácil que un camello entre por el ojo de la aguja, que entre un rico en el reino de Dios.

Ellos más y más se pasmaban y decían entre sí:

—¿Y quién podrá salvarse?

Fijando en ellos su mirada dícele Jesús:

—Para los hombres es imposible; pero no para Dios.

Jesús habla aquí, sin duda, de la salvación eterna de los ricos. Así lo entienden sus discípulos. Y el Maestro no trata de disipar su asombro. Sí, naturalmente hablando, es imposible que un rico entre en el reino de Dios, ni por fuerzas naturales, ni por gracias ordinarias, corrientes; solo una acción enérgica de Dios puede lograrlo.

¿No nos suenan demasiado duras estas expresiones del amable Jesús?

### Duras, pero exactas

Hay en la Ley un mandato radical y absoluto. A todos nos obliga y de todos exige un máximo de rendimiento: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Lc. 10<sup>27</sup>).

Dios es el Señor. Todo tu corazón, toda tu alma, todas tus fuerzas para Él. Esclavizarse a las riquezas es, pues, odiar a Dios (Mt. 6<sup>24</sup>).

Es entregar al enemigo de Dios lo que sólo a Él pertenece. Y si eres rico que difícil te resultará no hacerte esclavo de lo que gozas y posees. «Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt. 6<sup>21</sup>).

El corazón del rico es según Jesús tierra pródiga en espinas. El Sembrador deja caer con inmenso cariño su semilla. Pero, luego, esas espinas —«las preocupaciones por las cosas de este mundo, la seducción de las riquezas y las ambiciones de toda clase»— ahogan la palabra de vida y de verdad (Mc. 6<sup>29</sup>). Esterilizadores, silenciosos y conscientes de la fuerza vivificante del Evangelio! Por eso recae sobre el rico la maldición de Jesús.

### ¡Ay de vosotros!

No se le echa en cara su dinero, amasado, tal vez, con robos, negocios oscuros, injusticias. Su despreocupado goce de la vida, sus banquetes, sus risas, las adulaciones de que es objeto, bastan para que sobre él recaiga la maldición de Jesús.

«Huyamos la raíz de los males y evitaremos todo esto. *La avidez de dinero, es esa raíz*, proclamó Pablo: más aún, Cristo por medio de Pablo. Veamos, pues, cómo esto es así.

Ya la experiencia de los hechos lo testifica. ¿Qué mal hay que no venga por las riquezas? Mejor dicho, no por ellas, sino por la afección de los que no saben usar de ellas. Se puede usar, en efecto, de ellas para lo que es necesario y se puede por medio de ellas alcanzar el reino. Pero, en cambio, ahora empleamos contra los desgraciados pobres y aun contra nuestra propia alma y contra la gloria de Dios y en ofensa suya, lo que se nos ha dado para ayuda de los pobres, para libertarnos de nuestros pecados, para gloria y deleite de Dios.

Cuando al pobre le quita alguien los bienes y lo cubre así de indignicia, a sí mismo se infiere la muerte. Lo habrá deshecho; es verdad, a poder de penuria; pero a sí propio se deshace con castigo eterno. ¿Da lo mismo una cosa que otra?

Elimina la avidez de riquezas y cesará la guerra, las peleas, las enemistades, los pleitos y las contiendas».

S. Juan Crisóstomo comentando el texto de S. Pablo (1 Tim 6<sup>10</sup>): *raíz de todos los males es la avidez de dinero*, (filargyria).

«Mas ¡ay de vosotros los ricos! porque tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros los que estáis hartos ahora, porque padeceréis hambre! ¡Ay de los que reís ahora, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay de vosotros cuando todos los hombres os alaben, porque así hacían sus padres con los falsos profetas!» (Lc. 6<sup>24</sup>).

### ¿Cómo entonces salvarse?

Esta pregunta la podríamos traducir por esta otra: ¿Es necesario renunciar a las ri-

quezas como Francisco de Asís para poder entrar en el reino de los Cieios?

Sin duda es este el camino más seguro. Jesús se lo propuso al joven rico. Esa propuesta del Señor, implica que los ricos son también aptos para seguir las huellas de Jesús que «por vosotros, siendo rico, se empobreció, para que con su pobreza os enriquecieseis» (2 Cor. 8<sup>9</sup>). Si lo hacen, el Maestro les promete «el cien doblado en este mundo y en el otro la vida eterna»; (Lc. 18<sup>30</sup>).

Pero muchos por razones familiares, sociales u otras de variada índole han de procurar salvarse en la posesión de sus bienes.

No les cierra a estos la puerta de los cieios —ya lo hemos visto— nuestro divino Salvador. Lo que para los hombres es imposible, no lo es a una gracia poderosa. Pero las declaraciones de Cristo son terminantes: esos ciertamente pisan un camino erizado de peligros. Si quieren sortearlos, tienen que emprender una ardua y profunda labor de interna purificación en sus almas.

#### **Por las calles de Jericó (Lc. 19<sup>1-10</sup>).**

Era ya casi el crepúsculo de la vida pública de Jesús, cuando un rico recaudador de tributos de Jericó —Zaqueo— se había encaramado a un sicomoro con deseo de ver bien al Maestro, que pasaba. El Maestro se convida: «Zaqueo, baja aprisa porque hoy tengo que hospedarme en tu casa». Zaqueo le recibe gustoso y, aún de pie, le dice firme pero confiadamente: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres y si a alguno defraudé en algo, le restituyo el cuádruplo». La respuesta de Jesús no se hace esperar: «Hoy ha entrado la salvación en esta casa».

Zaqueo cumple espléndidamente, en toda justicia. Su fortuna, con ello, se cuarteo. No importa. La promesa de restituir la cantidad defraudada, es condición de esa salvación que ha entrado hoy en su casa.

Se impone por tanto un exigente y sincero examen del origen de los bienes. Tal vez,

algunos de ellos broten de raíces iníquas y vergonzosas: estorsiones injustas, escamoteos oportunistas, especulaciones turbias o aun negras. Quizás retiña en sus oídos aquella terrible imprecación de Santiago el Menor: «He aquí que el jornal de los trabajadores que segaron vuestros campos, defraudado por vosotros está clamando; y las voces de los que segaron han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos (Sant 5<sup>4</sup>)». Porque mientras los salarios del obrero son miserables, incapaces de permitirle vivir como persona humana, incubadores de comunismo y de odio a Cristo y a su Iglesia, se vive a costa de él una vida cómoda.

Y después de haber cumplido con toda justicia, deben lanzar lejos de sí todo afán de enriquecerse: «mas los que se afanan por ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en el abismo de la ruina y de la perdición. Porque raíz de todos los males es la avidez de dinero» «filargyria» (I Tim 6<sup>9-10</sup>).

Entre tantos hombres de Dios que han penetrado en el catolicismo la profunda realidad de esta afirmación paulina, es imposible omitir las certeras y ceñidas palabras de San Juan Crisóstomo, príncipe, aún hoy día, de los expositores del Apóstol y exponente señaladísimo de la doctrina social de la Iglesia: «no dijo sin más —comenta— los ricos, sino los que se afanan por serlo. Porque hay quien teniendo riquezas las administra dignamente, despreciándolas en su corazón y repartiéndolas con los indigentes. No condena a los tales, sino a los que tienen pasión de ser ricos».

Con otras palabras: no lograrán arrojar de sí la maldición de Cristo, ni la infausta predicción del Apóstol, si su nombre no se encuentra entre los «Bienaventurados por su misericordia» (Mt. 5<sup>7</sup>).

Oigamos el programa de vida que para los ricos entrega S. Pablo a su discípulo Timoteo:

«No pongan su esperanza en las inseguras riquezas, sino en Dios. El es quien nos provee de todo abundantemente, para que todos disfrutemos de ello».

«Ordena a los ricos de este mundo que no se enorgullezcan».

«Dense a la beneficencia. Largos en repartir. Amigos de comunicar sus bienes».

«Procuren hacerse ricos en buenas obras. Atesoren para sí un precioso depósito para el futuro, con el fin de alcanzar aquella que es verdaderamente vida». I Tim. 6<sup>17-18</sup>.

Su oficio es, pues, en la Iglesia el de servir a los pobres, los hambrientos, los que lloran.

### Venid, benditos de mi Padre...

Si lo cumplen, sus oídos podrán escuchar en el día del juicio, aquellas mansas palabras del Rey Juez:

«Porque tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed y me dísteis de beber, peregrino era y me hospedásteis, desnudo estaba y me vestísteis, enfermé y me visitásteis, en prisión estaba y vinísteis a mí... En verdad os digo que cuanto hicisteis con uno de estos

mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25<sup>34-40</sup>).

Los pobres son los hermanos pequeños de Jesús, ellos son el medio que el Señor nos ofrece para conseguir el Reino de los cielos. Debemos, pues, estimarlos y amarlos. Están más cerca de Jesús que nosotros. La justicia de nuestros salarios – salarios que los capaciten para vivir *humanamente*— y la largueza de nuestras limosnas, cubrirán la magnitud de nuestros pecados (Cf. Dan 4<sup>24</sup>). Y vivamos siempre con temor de que el afecto al dinero nos transforme en enemigos de Dios Juez.

